

alexandre pizarro

EL SUEÑO DE LA MUERTE
O EL LUGAR DE LOS CUERPOS POÉTICOS

*Esta noche, dijo, desde el ocaso, me cubrían
con una mortaja negra en un lecho de cedro.
Me escanciaban vino azul mezclado con amargura.*

EL CANTAR DE LAS HUESTES DE ÍGOR

Toda la noche escucho el llamamiento de la muerte, toda la noche escucho el canto de la muerte junto al río, toda la noche escucho la voz de la muerte que me llama.

Y tantos sueños unidos, tantas posesiones, tantas inmersiones en mis posesiones de pequeña difunta en un jardín de ruinas y de lilas. Junto al río la muerte me llama. Desoladamente desgarrada en el corazón escucho el canto de la más pura alegría.

Y es verdad que he despertado en el lugar del amor porque al oír su canto dije: es el lugar del amor. Y es verdad que he despertado en el lugar del amor porque con una sonrisa de duelo yo oí su canto y me dije: es el lugar del amor (pero tembloroso pero fosforescente).

Y las danzas mecánicas de los muñecos antiguos y las desdichas heredadas y el agua veloz en círculos, por favor, no sientas miedo de decirlo: el agua veloz en círculos fugacísimos mientras en la orilla el gesto detenido de los brazos detenidos en un llamamiento al abrazo, en la nostalgia más pura, en el río, en la niebla, en el sol debilísimo filtrándose a través de la niebla.

Más desde adentro: el objeto sin nombre que nace y se pulveriza en el lugar en que el silencio pesa como barras de oro y el tiempo es un viento afilado que atraviesa una grieta y es esa su sola declaración. Hablo del lugar en que se hacen – los cuerpos poéticos – como una cesta llena de cadáveres de niñas. Y es en ese lugar donde la muerte está sentada, viste un traje muy antiguo y pulsa un arpa en la orilla del río lúgubre, la muerte en un vestido rojo, la bella, la funesta, la espectral, la que toda la noche pulsó un arpa hasta que me adormecí dentro de un sueño.

¿Qué hubo en el fondo del río? ¿Qué paisajes se hacían y deshacían detrás del paisaje en cuyo centro había un cuadro donde estaba pintada una bella

Alejandra Pizarnik

Traduzione di Silvia Lavina

IL SOGNO DELLA MORTE O IL LUOGO DEI CORPI POETICI

*Questa notte, disse, dal tramonto, mi coprivano
con un sudario nero in un letto di cedro.
Mi versavano vino blu mescolato ad amarezza.*

IL CANTO DELLA SCHIERA DI IGOR

Tutta la notte ascolto il richiamo della morte, tutta la notte ascolto il canto della morte lungo il fiume, tutta la notte ascolto la voce della morte che mi chiama.

E tanti sogni uniti, tante possessioni, tante immersioni nelle mie possessioni di piccola defunta in un giardino di rovine e lillà. Lungo il fiume la morte mi chiama. Desolatamente lacerata nel cuore ascolto il canto dell'allegria più pura.

Ed è vero che mi sono risvegliata nel luogo dell'amore poiché all'udire il suo canto dissi: è il luogo dell'amore. Ed è vero che mi sono risvegliata nel luogo dell'amore poiché con un sorriso di dolore udii il suo canto e mi dissi: è il luogo dell'amore (eppure tremante eppure fosforescente).

E le danze meccaniche di antichi fantocci e le disgrazie ereditate e l'acqua veloce in vortici, per favore, non aver paura di dirlo: l'acqua veloce in vortici fugacissimi mentre sulla sponda il gesto trattenuto delle braccia trattenute in un richiamo all'abbraccio, nella nostalgia più pura, nel fiume, nella nebbia, nel sole debolissimo che filtra attraverso la nebbia.

Più dall'interno: l'oggetto senza nome che nasce e si polverizza nel luogo in cui il silenzio pesa come lingotti d'oro e il tempo è un vento affilato che attraversa una crepa ed è quella la sua unica dichiarazione. Parlo del luogo in cui si formano – i corpi poetici – come un cesto pieno di cadaveri di bambine. Ed è in quel luogo che la morte si trova seduta, veste un abito molto antico e pizzica un'arpa lungo la sponda del fiume lugubre, la morte in un vestito rosso, la bella, la funesta, la spettrale, colei che pizzicò l'arpa tutta la notte finché non mi addormentai dentro un sogno.

Che cosa c'era in fondo al fiume? Quali paesaggi si facevano e disfacevano dietro a quel paesaggio che al centro conteneva un quadro nel quale era dipin-

dama que tañe un laúd y canta junto a un río? Detrás, a pocos pasos, veía el escenario de cenizas donde representé mi nacimiento.

El nacer, que es un acto lúgubre, me causaba gracia. El humor corroía los bordes reales de mi cuerpo de modo que pronto fui una figura fosforescente: el iris de un ojo lila tornasolado; una centelleante niña de papel plateado a medias ahogada dentro de un vaso de vino azul. Sin luz ni guía avanzaba por el camino de las metamorfosis. Un mundo subterráneo de criaturas de formas no acabadas, un lugar de gestación, un vivero de brazos, de troncos, de caras, y las manos de los muñecos suspendidas como hojas de los fríos árboles filosos aleteaban y resonaban movidas por el viento, y los troncos sin cabeza vestidos de colores tan alegres danzaban rondas infantiles junto a un ataúd lleno de cabezas de locos que aullaban como lobos, y mi cabeza, de súbito, parece querer salirse ahora por mi útero como si los cuerpos poéticos forcejearan por irrumpir en la realidad, nacer a ella, y hay alguien en mi garganta, alguien que se estuvo gestando en soledad, y yo, no acabada, ardiente por nacer, me abro, se me abre, va a venir, voy a venir.

El cuerpo poético, el heredado, el no filtrado por el sol de la lúgubre mañana, un grito, una llamada, llamarada, un llamamiento. Sí. Quiero ver el fondo del río, quiero ver si aquello se abre, si irrumpe y florece del lado de aquí, y vendrá o no vendrá pero siento que está forcejando, y quizás y tal vez sea solamente la muerte.

La muerte es una palabra.

La palabra es una cosa, la muerte es una cosa, es un cuerpo poético que alienta en el lugar de mi nacimiento.

Nunca de este modo lograrás circundarlo. Habla, pero sobre el escenario de cenizas; habla, pero desde el fondo del río donde está la muerte cantando. Y la muerte es ella, me lo dijo el sueño, me lo dijo la canción de la reina. La muerte de cabellos del color del cuervo, vestida de rojo, blandiendo en sus manos funestas un laúd y huesos de pájaro para golpear en mi tumba, se alejó cantando y contemplada de atrás parecía una vieja mendiga y los niños le arrojaban piedras.

Cantaba en la mañana de niebla apenas filtrada por el sol, la mañana del nacimiento, y yo caminaría con una antorcha en la mano por todos los desiertos de este mundo y aun muerta te seguiría buscando, amor mío perdido, y el canto de la muerte se desplegó en el término de una sola mañana, y cantaba, y cantaba.

También cantó en la vieja taberna cercana del puerto. Había un payaso adolescente y yo le dije que en mis poemas la muerte era mi amante y mi amante era la muerte y él dijo: tus poemas dicen la justa verdad. Yo tenía dieciséis años y no tenía otro remedio que buscar el amor absoluto. Y fue en la taberna del puerto que cantó la canción.

Escribo con los ojos cerrados, escribo con los ojos abiertos: que se desmone el muro, que se vuelva río el muro.

ta una bella dama che suona un liuto e canta lungo un fiume? Dietro, a pochi passi, scorgevo lo scenario di ceneri nel quale rappresentai la mia nascita.

Il nascere, che è un atto lugubre, mi provocava un sorriso. L'umore corrodava i bordi reali del mio corpo e in tal modo presto divenni una figura fosforescente: l'iride di un occhio lilla cangiante; una scintillante bambina di carta argentata affogata a metà in un bicchiere di vino blu. Senza luce né guida avanzavo lungo il cammino della metamorfosi. Un mondo sotterraneo di creature dalle forme incomplete, un luogo di gestazione, un vivaio di braccia, tronchi, facce, e le mani dei fantocci, sospese come foglie ai freddi alberi filamentosi, aleggiano e risuonavano mosse dal vento, e i tronchi senza testa vestiti con colori così allegri danzavano in girotondi infantili vicino a una bara piena di teste di folli che ululavano come lupi, e la mia testa, all'improvviso, sembra ora voler uscire attraverso il mio utero, come se i corpi poetici premessero per irrompere nella realtà, nascere a lei, e c'è qualcuno nella mia gola, qualcuno che stava prendendo forma in solitudine, e io, incompleta, bramosa di nascere, mi apro, vengo aperta, sta arrivando, sto arrivando.

Il corpo poetico, quello ereditato, quello non filtrato dal sole del lugubre mattino, un grido, una chiamata, una fiammata, un appello. Sì. Voglio vedere il fondo del fiume, voglio vedere se esso si apre, se irrompe e fiorisce da questo lato, e verrà o non verrà ma sento che sta premendo, e forse e magari è solamente la morte.

La morte è una parola.

La parola è una cosa, la morte è una cosa, è un corpo poetico che alita nel luogo della mia nascita.

In questo modo non riuscirai mai a circondarlo. Parla, ma sopra lo scenario di ceneri; parla, ma dal fondo del fiume dove la morte sta cantando. E la morte è lei, me lo disse il sogno, me lo disse la canzone della regina. La morte dai capelli del colore del corvo, vestita di rosso, brandendo tra le sue mani funeste un liuto e ossa di uccello per colpire la mia tomba, si allontanò cantando, e contemplata da dietro assomigliava a una vecchia mendicante e i bambini le scagliavano pietre.

Cantava in un mattino di nebbia appena filtrata dal sole, il mattino della nascita, ed io camminerei con una torcia in mano attraverso tutti i deserti di questo mondo e persino da morta continuerei a cercarti, amore mio perduto, e il canto della morte si diffuse nel finire di un solo mattino, e cantava, e cantava.

Cantò anche nella vecchia taverna vicina al porto. C'era un pagliaccio adolescente e io gli dissi che nelle mie poesie la morte era la mia amante e che la mia amante era la morte e lui disse: le tue poesie dicono la giusta verità. Io avevo sedici anni e non potevo fare altro che cercare l'amore assoluto. E fu nella taverna del porto dove cantò la canzone.

Scrivo con gli occhi chiusi, scrivo con gli occhi aperti: che si sgretoli il muro, che divenga fiume il muro.

La muerte azul, la muerte verde, la muerte roja, la muerte lila, en las visiones del nacimiento.

El traje azul y plata fosforescente de la plañidera en la noche medieval de toda muerte mía.

La muerte está cantando junto al río.

Y fue en la taberna del puerto que cantó la canción de la muerte.

Me voy a morir, me dijo, me voy a morir.

Al alba venid, buen amigo, al alba venid.

Nos hemos reconocido, nos hemos desaparecido, amigo, *el que yo más quería.*

Yo, asistiendo a mi nacimiento. Yo, a mi muerte.

Y yo caminaría por todos los desiertos de este mundo y aun muerta te seguiría buscando, a ti, que fuiste el lugar del amor.

NOCHE COMPARTIDA EN EL RECUERDO DE UNA HUIDA

Golpes en la tumba. Al filo de las palabras golpes en la tumba. Quién vive, dije. Yo dije quién vive. Y hasta cuándo esta intromisión de lo externo de lo interno, o de lo menos interno de lo interno, que se va tejiendo como un manto de arpillera sobre mi pobreza indecible. No fue en el sueño, no fue la vigilia, no fue el crimen, no fue el nacimiento: solamente el golpear como con un pesado cuchillo sobre la tumba de mi amigo. Y lo absurdo de mi costado derecho, lo absurdo de un sauce inclinado hacia la derecha sobre un río, mi brazo derecho, mi hombro derecho, mi oreja derecha, mi pierna derecha, mi posesión derecha, mi desposesión. Desviarme hacia mi muchacha izquierda – manchas azules en mi palma izquierda, misteriosas manchas azules –, mi zona de silencio virgen, mi lugar de reposo en donde me estoy esperando. No, aún es demasiado desconocida, aún no sé reconocer estos sonidos nuevos que están iniciando un canto de queja diferente del mío que es un canto de quemada, que es un canto de niña perdida en una silenciosa ciudad en ruinas.

¿Y cuántos centenares de años hace que estoy muerta y te amo?

Escucho mis voces, los coros de los muertos. Atrapada entre las rocas; empujada en la hendidura de una roca. No soy yo la hablante: es el viento que me hace aletear para que yo crea que estos cánticos del azar que se formulan por obra del movimiento son palabras venidas de mí.

Y esto fue cuando empecé a morirme, cuando golpearon en los cimientos y me recordé.

Suenan las trompetas de la muerte. El cortejo de muñecas de corazones de espejo con mis ojos azul-verdes reflejados en cada uno de los corazones. Imitas viejos gestos heredados. Las damas de antaño cantaban entre muros leprosos, escuchaban las trompetas de la muerte, miraban desfilar – ellas, las imaginadas – un cortejo imaginario de muñecas con corazones de espejo y en cada corazón mis ojos de pájara de papel dorado embestida por el viento. La

La morte blu, la morte verde, la morte rossa, la morte lilla, nelle visioni della nascita.

L'abito blu e argento fosforescente della prefica nella notte medievale di ogni mia morte.

La morte sta cantando lungo il fiume.

E fu nella taverna del porto dove cantò la canzone della morte.

Sto per morire, mi disse, sto per morire.

Venga all'alba, buon amico, venga all'alba.

Ci siamo riconosciuti, ci siamo persi, amico, *colui che più amavo.*

Io, che assisto alla mia nascita. Io, alla mia morte.

E io camminerei attraverso tutti i deserti di questo mondo e persino da morta continuerei a cercarti, tu, che fosti il luogo dell'amore.

NOTTE CONDIVISA NEL RICORDO DI UNA FUGA

Colpi nella tomba. Sul filo delle parole colpi nella tomba. Chi vive, dissi. Io dissi chi vive. E per quanto ancora questa intromissione del lato esterno dell'interno, o del meno interno dell'interno, che si tesse come un manto di iuta sulla mia povertà indicibile. Non fu il sogno, non fu la veglia, non fu il crimine, non fu la nascita: solo il colpire con un pesante coltello sulla tomba del mio amico. E l'assurdità del mio fianco destro, l'assurdità di un salice inclinato a destra sopra un fiume, il mio braccio destro, la mia spalla destra, il mio orecchio destro, la mia gamba destra, la mia possessione destra, la mia privazione. Deviare fino alla mia ragazza sinistra – macchie blu nel mio palmo sinistro, misteriose macchie blu –, la mia zona di silenzio vergine, il mio luogo di riposo nel quale mi sto aspettando. No, è ancora troppo sconosciuta, non so ancora riconoscere questi suoni nuovi che stanno iniziando un canto di lamento diverso dal mio che è un canto di donna bruciata, che è un canto di bambina perduta tra le rovine di una città silenziosa.

E da quante centinaia di anni sono morta e ti amo?

Ascolto le mie voci, i cori dei morti. Intrappolata tra le rocce; incastonata nella fessura di una roccia. Non sono io a parlare: è il vento che fa muovere le mie ali perché io creda che questi cantici del destino che si generano per mezzo del movimento siano parole provenienti da me.

E ciò accadde quando iniziai a morire, quando colpirono le fondamenta e mi ricordai.

Suonano le trombe della morte. Il corteo di bambole di cuori di specchio con i miei occhi azzurro-verdi riflessi in ognuno dei cuori. Imiti antichi gesti ereditati. Le dame di un tempo cantavano tra mura lebbrose, ascoltavano le trombe della morte, osservavano sfilare – esse, immaginate – un corteo immaginario di bambole con cuori di specchio e in ogni cuore i miei occhi di passera di carta dorata assalita dal vento. La piccola passera immaginata crede

imaginada pajarita cree cantar; en verdad sólo murmura como un sauce inclinado sobre el río.

Muñequita de papel, yo la recorté en papel celeste, verde, rojo, y se quedó en el suelo, en el máximo de la carencia de relieves y de dimensiones. En medio del camino te incrustaron, figurita errante, estás en el medio del camino y nadie te distingue pues no te diferencias del suelo aun si a veces gritas, pero hay tantas cosas que gritan en un camino ¿por qué irían a ver qué significa esa mancha verde, celeste, roja?

Si fuertemente, a sangre y fuego, se graban mis imágenes, sin sonidos, sin colores, ni siquiera lo blanco. Si se intensifica el rastro de los animales nocturnos en las inscripciones de mis huesos. Si me afincó en el lugar del recuerdo como una criatura se atiene a la saliente de una montaña y al más pequeño movimiento hecho de olvido cae – hablo de lo irremediable, pido lo irremediable –, el cuerpo desatado y los huesos desparramados en el silencio de la nieve traidora. Proyectada hacia el regreso, cúbreme con una mortaja lila.

Y luego cántame una canción de una ternura sin precedentes, una canción que no diga de la vida ni de la muerte sino de gestos levísimos como el más imperceptible ademán de aquiescencia, una canción que sea menos que una canción, una canción como un dibujo que representa una pequeña casa debajo de un sol al que le faltan algunos rayos; allí ha de poder vivir la muñequita de papel verde, celeste y rojo; allí se ha de poder erguir y tal vez andar en su casita dibujada sobre una página en blanco.

Da: *Extracción de la piedra de locura* [*Estrazione della pietra della follia*] (1968), in Alejandra Pizarnik, *Poesía completa*, a cura di Ana Beccú, Lumen, Barcellona 2014⁸.

Altri testi di Alejandra Pizarnik e riflessioni critiche sul suo lavoro si leggono sui numeri 83 (dic. 2011) e 91 (dic. 2015) di “Anterem”.

di cantare; in verità non fa che mormorare come un salice inclinato sopra il fiume.

Bambolina di carta, io la ritagliai in carta celeste, verde, rossa, e rimase a terra, in assoluta carenza di rilievi e dimensioni. Ti conficcarono nel mezzo del cammino, figurina errante, sei nel mezzo del cammino e nessuno ti riconosce perché non ti distingui dal terreno sebbene a volte gridi, ma ci sono tante cose che gridano in un cammino, perché mai dovrebbero chiedersi che cosa significa quella macchia verde, celeste, rossa?

Se con forza, senza pietà, vengono incise le mie immagini, senza suoni né colori, nemmeno il bianco. Se si intensificano le tracce degli animali notturni nelle iscrizioni delle mie ossa. Se mi insedio nel luogo del ricordo come una creatura si afferra alla sporgenza di una montagna e al più piccolo movimento fatto di oblio cado – parlo dell'irrimediabile, chiedo l'irrimediabile –, il corpo slegato e le ossa sparse nel silenzio della neve traditrice. Proiettata verso il ritorno, coprimi con un sudario lilla.

E infine cantami una canzone di una tenerezza senza precedenti, una canzone che non parli della vita né della morte, ma di gesti lievissimi come il più impercettibile cenno di acquiescenza, una canzone che sia meno di una canzone, una canzone come un disegno che raffiguri una piccola casa sotto un sole al quale mancano alcuni raggi; lì deve poter vivere la bambolina di carta verde, celeste e rossa; lì deve potersi alzare e forse anche camminare nella sua casetta disegnata su una pagina bianca.